

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

El 11 de septiembre. ¿Cuál es el marco?

Dado que la convivencia multicultural es imposible cuando las culturas son contradictorias, y esto no por intolerantes, sino porque los códigos éticos con contradictorios, no sirve el todo vale, hay que encontrar aquellos puntos de respeto máximo en el mayor número de cuestiones, sabiendo que hay algunas en las que no es posible el acuerdo.

.....
Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

El 11-s es el estallido de una bomba, cuya espoleta está activada hace mucho tiempo. En realidad es una deflagración entre los dos agentes históricos más poderosos de la humanidad de hoy: el Islam y el imperio yanqui, los dos antagonistas de la historia de la humanidad actual. Durante mucho tiempo creímos, o nos hicieron creer, que ese antagonismo estaba representado por el comunismo de una parte y el capitalismo de otra; es decir, occidente vs. oriente. Y realmente no ha pasado nada, no ha habido una guerra, sino que se ha venido abajo el comunismo, sin necesidad de entablar una guerra. Pero para decir verdad, yo siempre he creído que no estaba ahí la fractura histórica sino que ésta se daba entre norte y sur, es decir entre ricos y pobres, enriquecidos y empobrecidos, no entre dos imperios sino entre dos posiciones históricas; poderosos y desposeídos. Hoy los términos de esta relación tienen nombre; el norte, el imperio de los Estados Unidos; el sur, los países islámicos. No todos ellos son sur pues también hay ricos, pero son una enorme minoría. Son un sur cuyo corazón se mueve con latidos religiosos, no sólo económicos. Vamos a ver pues, en qué consiste ese antagonismo entre los ricos y unos pobres cuya religión es el Islam.

Uno de los actores: los Estados Unidos

Lo primero es dejar claro que se trata de dos religiones. También los Estados Unidos son una religión, una religión civil, lo mismo que lo fue el Imperio Romano. A uno le puede costar trabajo pensar que la religión pueda tener este carácter; para ello expongamos algunos de los rasgos que la tipifican como tal.

Cuando tomo un dólar, yo leo en su reverso «*In God We Trust*», «Confiamos en Dios». La identificación entre Dios y dinero no es casual, pues tiene una raíz calvinista. Para éstos, una persona que ha trabajado, que ha puesto sus talentos al *servicio del prójimo* y ha creado riqueza, esa persona está predestinada, ha sido elegida por Dios. Así, Estados Unidos ha creado riqueza, son un pueblo elegido por Dios, no como el judío que lo elige Dios por que lo quiere así, sino en este caso, por que el pueblo se

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

lo merece. Esa alianza se centra en el dólar. Para un país mediterráneo, acostumbrado al pelotazo y al enriquecimiento fácil, esto resulta ininteligible, pero para un país laborioso, esto resulta obvio. Éste sería el primer rasgo; la relación entre Dios y el pueblo es el dinero.

El otro punto sería el culto al César. En Roma se diviniza al emperador; hoy son pocos los países que se atreven a criticar al nuevo César del imperio. Esto se traduce en que siendo el pueblo elegido, y teniendo el mejor caudillo del mundo (cuántas veces nos han dicho que ellos son la estatura moral de la humanidad), tienen derecho a hacer leyes divinas. La legislación de Estados Unidos es una legislación teocrática; todo lo legal es moral y a esto se le llama *juridicismo*. Hasta las cárceles en malas condiciones son para ellos legales, y por ello buenas. También vemos el estupor del americano medio ante los hechos del 11-S; «¿cómo pueden hacernos esto a nosotros que somos tan buenos?», leíamos el 12-S. Es increíble comprobar la ingenuidad de ese pueblo pensando que son los auténticos cosmopolitas, los auténticos ciudadanos, los únicos, ya que los demás no tenemos ese mismo calibre. Si se mata a un ciudadano se mata a un héroe, si se mata a otro es un efecto colateral; los eufemismos imperiales pues, son innumerables. Las barras y las estrellas se han convertido en un sacramento, en el símbolo presente en todas y cada una de las iglesias de Nueva York, sea cual sea su fe. Los buenos, «somos siempre nosotros, y los que no están con nosotros, están contra nosotros».

Nos encontramos con un lenguaje que habla de justicia infinita, la cual sólo puede ser realizada por una religión imperial o por Dios; y como consecuencia de esto se nos ofrece un nuevo orden, un *new beginning*, como después de la guerra del Golfo.

Tengamos en cuenta que este análisis puede ser tomado en el futuro como una forma de terrorismo. Y plantear todo esto no significa defender al Islam frente al imperio.

El dios imperial quiere ser universal y es particular. Quiere valer para todos y sólo sirve para los norteamericanos.

El otro actor: el Islam

También el Islam quiere ser universal y sólo vale para un pueblo: estamos frente a dos gemelos univitelinos en busca del mismo objeto del deseo.

El Corán es un texto escrito en árabe, y solamente el árabe es lengua litúrgica; sólo se puede rezar en árabe, y esto hace que aquellos que no hablan árabe no tengan es-

peranza de salvación. Se puede ser amigo de un gentil, pero nunca un hermano; estamos frente a una religión gentilicia. El Corán solamente puede confesarse en forma de apostolado, como testigo, es decir, movido por la *yihad*, que originariamente significa «esfuerzo» y que sólo de forma derivada significa guerra. El problema está en definir cuándo hay guerra; quién la convierte en tal. Pero siempre está presente la figura del militante, del apóstol, que se convierte en el mayor orgullo de cualquier familia (y si es un niño, mejor): si se convierte en un mártir que se autoinmola por su fe (por cierto, contentísimo de hacerlo). En todo islámico hay un potencial envenenador de pozos, o un suicida, y esto es imposible de controlar y prever por una sociedad descreída y desmotivada como la occidental, provocando el terror en el país objeto de sus iras. Y el miedo genera violencia como respuesta.

Estos apóstoles movidos por la *yihad* se mueven con la convicción de que Dios no admite asociados, y por ello aquel que incluye a Dios en un billete de dólar comete sacrilegio. Pero esto le sucede al creyente, ya que para el no creyente, que también los hay, o para el rico, no hay problema en asociar Dios y dinero, como en el resto de las religiones, capaces de compatibilizar al dios-dinero con cualquier cosa. Y el pueblo árabe, cada uno de estos billetes de dólar, lo siente suyo, y con razón: será por ello que frente a cada pozo de petróleo en suelo árabe hay una cañonera de la sexta flota apuntando, evidentemente no con la intención de compartirla, sino para protegerla y así alimentar al imperio; y es que todo ladrón es hijo de ladrón o nieto de ladrón.

El Islam sabe que buena parte de la riqueza del primer mundo es suya, como lo es de Latinoamérica o África, y de ahí que esté esperando su revancha, haciendo, como ya se empieza a ver, de las catedrales, mezquitas, en revancha de lo que sucedió hace siglos. No tienen el dinero, pero sí la convicción de que el mundo de raíz cristiana dé mayor importancia a Dios que al resto de las cosas. Y es que cada uno ve el mundo a través del fondo de la botella de la que le ha tocado beber, por tanto siempre deformadamente. Ellos son capaces de rezar en la calle o en cualquier sitio si no se les da una mezquita, mientras que esas catedrales que tanto odian están vacías; todo se une en ellos, y eso hace fuerte a un pueblo.

Resumen de la situación

Ésta es la situación; dos convicciones con dioses universales pero con concreciones individuales. Quién va a vencer no se sabe, pero guerra va a haber para rato.

En el fondo todo se reduce a la Ley del Talión. Esa ley

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

que viene ya del tiempo de Hamurabi, y que aparece en otras religiones como la hindú o la budista. Es la ley de «El que la hace la paga» que en realidad es una ley natural, que aplicada en rigor, es expresión de la justicia ciega e igualitaria. A ella apelan nuestros dos protagonistas. Pero es una ley que tiene una característica especial; y es que parece llevar intrínseca su propio fin, ya que siempre la revancha llega con un pequeño interés de incremento, que hace comenzar una rueda sin fin de pluses de transgresiones ajusticiadoras. Llega la espiral de la violencia, la *bellum omnium contra omnes*, y ya tenemos cainismo para rato. ¿Hasta cuándo seguiremos apelando así por la justicia sin ver que ahí no está el camino?

No cabe más posibilidad de futuro que introducir un giro final; romper esa espiral de pluses, apelar al justo que encaja en su pecho el mal y no lo devuelve. La violencia con la violencia no se lava, y se necesita exigir la justicia desde el perdón, una justicia que mira a la cara.

Ahora bien, esto no es fácil, pero es el reto del cristianismo que dice ser una religión universal, no habla árabe y no es del dinero, aunque para muchos sí lo sea, y que tiene por argumento la superación del mal por el perdón. Desde ahí es posible la universalización de los imperativos éticos: que pueda ser ejercida por todos y cada uno en cualquier lugar y tiempo, y que esto no conlleve

problemas para la supervivencia futura de la especie. Esta ética será válida y por tanto universalizable. ¿Estamos respondiendo los cristianos desde este planteamiento? Ciego habría que estar si se respondiera que sí, pues ante un estornudo en Estados Unidos se resfría toda Europa; ellos hablan y nosotros respondemos plegándonos al diálogo de las armas. Estamos siempre deseando poner los muertos cumpliendo la *servitude volontaire* (que dijera E. de la Boétie), esa esclavitud asumida y voluntaria, sumisamente activa.

¿Cuál es el reto, pues?

Dado que la convivencia multicultural es imposible cuando las culturas son contradictorias, y esto no por intolerantes, sino porque los códigos éticos son contradictorios, no sirve el todo vale, hay que encontrar aquellos puntos de respeto máximo en el mayor número de cuestiones, sabiendo que hay algunas en las que no es posible el acuerdo. Elaborar una escala axiológica donde se postule firmemente que hay valores intrasgredibles; donde hay ámbitos de lo opinable y ámbitos de lo compatible. Y encontrarlos es el reto, reto que a los cristianos nos toca de lleno, y que nos coloca en un momento fundamental de nuestra historia.